



AUTOMOVILISMO

Nabokov al volante

Hace algunos años intenté ganarme la vida como redactor en una revista de coches. Mi prueba de ingreso fue un extraño encargo, una especie de divertimento literario para compensar el exceso de anuncios al que, como dijo entonces el director, y como yo aprendería a repetirme en numerosas ocasiones posteriores, estábamos condenados. Al comienzo de nuestra entrevista me preguntó qué escritores me gustaban. Solté tímidamente algunos nombres, entre ellos el de Nabokov, a quien entonces leía con devoción. “Ya está, dijo, escribame algo sobre Nabokov y los coches”. Intenté venderle otros temas con menos *pedigree* literario, pero él, en un afectado ataque de inspiración concluyente, repitió el apellido sagrado y pasó enseguida a otros asuntos más importantes que mi encargo.

Aquella revista había tenido tiempos mejores. Aunque la antigüedad del título le daba una apariencia respetable, ahora formaba parte de una voraz empresa de comunicación y obtenía sus mejores dividendos con la llamada “publicidad encubierta”. Sus más fieles lectores habían sido lobotomizados por incontables rediseños: ya apenas protestaban ante la grotesca invasión de aquellos anuncios a toda página, orillados por una ampulosa palabrería —valían los “sorprendente”, los “elegante”, incluso un trillado “a toda máquina”— que yo me limitaba a preservar de erratas y domesticar en una prosodia monótona. Mi asistente, una gordita pecosa y estrábica cuya precaria vida sentimental se delataba en furtivos lloriqueos semanales (un novio demasiado efímero para llegar a ser tal, un pobre cachorro recién adoptado, intrincadas conjuras familiares), se ocupaba de todo lo demás, pues la mayor parte de mi jornada transcurría en juntas soporíferas con la división de agentes de venta, una

centuria de analfabetos trajeados que alanceaba todos los meses a algún nuevo empresario.

Para causar la mejor impresión, dediqué varias noches a la caza de coches nabokovianos. Entré en la revista, pero el artículo, por supuesto, nunca se publicó. Lo he vuelto a recordar ahora, al leer, con algo de retraso, la excelente biografía de Stacy Schiff, *Véa. Señora de Nabokov* (Alianza, Madrid, 2002), en la que nos asaltan automóviles por todas partes.

Para su primer biógrafo, Andrew Field, Nabokov sólo se había sentado al volante dos veces en toda su vida: durante un paseo con su familia, en 1916, y en un gigantesco *parking* de California, donde casi se estrella contra el único otro coche estacionado. Alguna vez había definido el automóvil como “el único lugar de toda Norteamérica donde no hay ruido ni corrientes de aire”. Sin duda, su sitio preferido era el de copiloto. Su esposa, en cambio, adoraba conducir, aunque tenía serias dificultades a la hora de detenerse (en pocas palabras, no conseguía aparcar; llegó incluso al extremo de intentar patentar un artilugio que facilitaría el aparcamiento lateral, una rueda retráctil, anclada lateralmente en el chasis).

Una de las primeras cosas que hicieron los Nabokov al trasladarse a Norteamérica fue cumplir con el ritual de las clases de manejo. En Ithaca, un tal Burton Jacoby les dio algunas clases para poder venderles luego un Plymouth de 1940, de color *beige*, un sedan de cuatro puertas que según varias opiniones autorizadas ya se acercaba al final de su vida útil cuando los Nabokov lo compraron a plazos. Ese mismo año Véra trató de animar a su esposo para que intentase adquirir cierto dominio de aquel deporte típico americano, asegurándole que no era tan difícil como parecía. La tarea de dar clases al escritor recayó sobre uno de sus alumnos, próximo a licenciarse, Dick Keegan, un muchacho elocuente con quien los Nabokov simpatizaron enseguida, ya fuera por su considerable encanto personal o por los encantos de su coupé, un Dodge

color ratón. Según Schiff, Keegan descubrió enseguida que para Nabokov la conducción era una tarea absolutamente imposible. Tenía muy poco interés en la carretera y le daba pavor la posibilidad de resbalar del asiento mientras conducía. Keegan advirtió, además, que incluso desde el asiento del copiloto, su profesor travestido de alumno mostraba una acusada tendencia a olvidar que le había pedido que lo llevase a tal o cual parte.

Si repasamos su correspondencia con Edmund Wilson, veremos que todos los años Nabokov anuncia con aire solemne que tiene previsto aprender a conducir. Jamás lo hizo, y Véra se convirtió en su transportista oficial hasta los días de Montreaux, en los que un elegante Lancia reposaba con aire melancólico en el garaje del hotel Palace, mientras el matrimonio recurría a los taxis de la estación más cercana.

Esta desconfianza del volante reaparece en las peripecias del profesor Timofey Pnin, un ser “absolutamente incapaz de conjugar el coche que conducía mentalmente con el que conducía por la carretera”, todo un especialista en perderse en un laberinto de pistas forestales o dibujar peligrosas maniobras en las fauces de profundos barrancos. “Sus diversas indecisiones y tanteos —escribe Nabokov como si hablara de sí mismo— adquirirían aquellas extrañas formas visuales que un observador situado en la torre de vigilancia hubiera podido seguir con mirada compasiva; pero no había ningún ser viviente en aquella abandonada y lánguida elevación, aparte de una hormiga que también tenía sus propios problemas.”

Risa en la oscuridad repite ese cambio de perspectiva: la descripción del coche en el que viajan Albinus y Margot termina con un catastrófico panorama dibujado a vuelo de pájaro: desde un monte cercano, una ancianita anónima observa cómo el automóvil intenta evitar a unos ciclistas en una curva demasiado cerrada para acabar en el fondo del precipicio. El accidente cambiará la vida del protagonista, dejándolo ciego e inerte, confinado tras un sólido muro



Nabokov: *bábil* copiloto.

de negrura, a merced de la malvada Margot y su cínico amante Axel Rex, —un excelente chofer, por cierto.

En las novelas de Nabokov los desastres automovilísticos aparecen con alarmante frecuencia, como si la combinación del hombre y el coche engendrara una especie de centauro antinatural, un monstruo con los días contados. Uno de sus ensayos más conocidos, *El arte de la literatura y el sentido común* despliega un procedimiento gogoliano (personajes periféricos engendrados a partir de una serpenteante metáfora) para presentarnos a un criminal sin imaginación, “que se conforma con banalidades imbéciles tales como verse conduciendo por Los Ángeles un fastuoso coche robado al lado de la rubia fastuosa que le ha ayudado a destripar al dueño”. “El púlpito de un escritor —se aclara luego, en tono de disculpa— está peligrosamente cerca de la novela barata.”

Sin embargo, la metáfora del automóvil consiguió tentar al propio Nabokov. En 1936, envió una carta a su esposa en la que contaba la trama de una novela sobre un curso de manejo:

“La primera parte hablará de los preparativos y de conversaciones rela-

cionadas con ello, y también, desde luego, de su familia y entorno humano, con nebulosa minuciosidad. Luego, una transición inadvertida a la segunda. El hombre se pone en marcha, se encuentra en el examen, pero no se trata en absoluto de un examen de conducir sino —¿cómo te diría?— de un examen de su existencia terrenal. El protagonista ha muerto y le están haciendo preguntas sobre las calles y las encrucijadas de su vida. Todo esto sin el menor asomo de misticismo, claro está. En ese trayecto cuenta lo que recuerda de las partes más luminosas y cruciales de su vida. Y los que le examinan son personas que murieron hace mucho tiempo, por ejemplo, el cochero que le construyó un tobogán en la infancia, un viejo maestro del instituto, unos parientes lejanos a los que sólo conoció de oídas.”

Según este esbozo de argumento, que Nabokov nunca llegó a convertir en novela, el momento decisivo de nuestras vidas sería aquel en que nos vemos obligados a reproducir ciertas encrucijadas cronológicas, de la misma manera que un conductor primerizo rinde cuentas ante la autoridad de expertos *chaffeurs*. Echa mano de sus apuntes, busca en un viejo mapa de carreteras, repasa algunos trucos pero al final se da cuenta de que le resulta imposible usar artilugios mnemotécnicos para dar forma coherente a su pasado sentimental. Termina reprobado. Pero mientras se dirige hacia la salida con aire de adolescente arruinado comprueba que se le han caído las anteojeras que lo obligaban a separar idea y sensación: las visiones del pasado acuden a él con una facilidad incomparable, con esa embriagadora ligereza del jugador en racha. Lo admirable del estilo de Nabokov es precisamente su capacidad para poner la memoria al servicio de estos detalles escondidos bajo la epidermis de las cosas, esa manera de percibir el mundo en dirección contraria a la que ese mundo sugiere, su íntima y placentera certeza de que “los objetos están más cerca de lo que aparentan”. —

— ERNESTO HERNÁNDEZ BUSTO

POLÍTICA

El mito de las armas de destrucción masiva

La guerra, para Clausewitz, era un instrumento racional de la política nacional, un acto de violencia destinado a obligar a un oponente a cumplir con nuestros deseos. Lamentablemente para los Estados democráticos, la mayoría de la población no ve la guerra de esta manera; por tanto, el privilegio de pelear las guerras de agresión del siglo XX ha debido ser conquistado mediante la manipulación, el engaño y la extorsión del público. Así, desde que el Comité para la Información Pública de George Creel, durante el gobierno del presidente estadounidense Thomas Woodrow Wilson en 1917, logró transformar a una población mayoritariamente pacifista en una masa sedienta de sangre, todas las guerras han requerido de vastas y costosas campañas propagandísticas para convencer a la población de la absoluta necesidad de un conflicto armado.

Los Estados Unidos marcharon a la guerra para salvar bebés belgas de ser ensartados en bayonetas alemanas, para vengar la sospechosa destrucción del Maine en el puerto de La Habana, para ajustar cuentas por el incidente de la bahía de Tonkin, para rescatar estudiantes de medicina del cruel régimen comunista de Granada y para detener a las tropas iraquíes que tiraban al piso a los bebés de las incubadoras kuwaitíes. Hoy sabemos que estos fueron eventos fabricados por propagandistas, como Edward Bernays, el sobrino de Freud que igual promocionaba jabón que golpes de Estado, o como la mega agencia de relaciones públicas Hill & Knowlton, que manipuló al pueblo estadounidense y al público televisivo planetario para hacer apetecible la idea de pelear la Primera Guerra del Golfo.

Desde septiembre del 2002, por todos los medios fuimos bombardeados con una campaña de histeria masiva la cual afirmaba que Hussein amenazaba la paz mundial con su arsenal de armas

de destrucción masiva (ADM): municiones químicas, biológicas y nucleares así como misiles que podrían alcanzar a Israel y eventualmente a los Estados Unidos, y aviones a control remoto que podrían dispersar agentes tóxicos. Además, Hussein tenía vínculos con Al Qaeda y otras organizaciones terroristas que pronto tendrían acceso a sus armas prohibidas. El 6 de marzo el presidente George Bush anunció que no dejaría “al pueblo estadounidense a la merced del dictador iraquí y sus armas” y ya no hubo marcha atrás a pesar de que era claro que: 1) el programa nuclear iraquí había sido completamente desmantelado por los inspectores de la UNSCOM (Comisión Especial de las Naciones Unidas dedicada a verificar que Iraq cumpliera con la destrucción de sus ADM y misiles que excedieran el rango de 150 kilómetros, así como las plantas de producción, laboratorios y programas relacionados con ellas), como ha repetido el jefe de inspectores, Scott Ritter; 2) las armas del programa biológico iraquí (esencialmente ántrax y la toxina botulinum), que si bien en 1990 estaban en un nivel avanzado, nunca fueron usadas y, si algún agente sobrevivió a la destrucción de UNSCOM, ya ha expirado, porque su vida útil es máximo de cinco años; y 3) las armas químicas, usadas por Iraq contra tropas iraníes (quienes también usaban gas nervioso VX y gas mostaza), posiblemente contra kurdos (el debate sobre lo sucedido en Halabja en mayo de 1988 no ha sido resuelto) y shiítas, no son armas estratégicas de destrucción masiva, sino armas de campo de batalla cuyo alcance y potencial es limitado, pero en cambio su capacidad de crear terror es notable.

La invasión de Iraq fue instrumentada y justificada por el mismo equipo de burócratas que durante el régimen de Reagan se encargaron de armar a Hussein en su guerra contra el islam militante de Irán. Estos ideólogos, conocidos como *neocons* o *chicken hawks*, están de regreso en el Pentágono (Donald Rumsfeld, Richard Perle y Paul Wolfowitz, principalmente) o tienen acceso privilegiado al presidente (como su

hermano Jeb, Dick Cheney y Elliot Abrams). Su filosofía y visión del mundo está resumida en el Proyecto para el Nuevo Siglo Americano, el cual promete “extender el momento unipolar” (la posición de los EE.UU. como hiperpotencia) tanto como sea posible para traducir este momento de influencia en décadas de paz, prosperidad y libertad; asimismo pretenden aplicar un internacionalismo activo que refleje “la unión de nuestros valores e intereses nacionales”.

El periodista Sam Tannenhaus entrevistó a uno de los principales promotores del “cambio de régimen en Iraq” y de la política de los ataques preventivos, el subsecretario de la defensa, Paul Wolfowitz, para la revista *Vanity Fair* (“Bush’s Brain Trust”, julio 2003), quien comentó cándidamente: “La verdad es que por razones que tienen mucho que ver con la burocracia gubernamental de los EE.UU. elegimos la razón central [para la guerra] con la que todos estábamos de acuerdo, que eran las ADM.” Wolfowitz, quien se define a sí mismo como un idealista práctico, confesó que el argumento de eliminar las supuestas armas químicas, bacteriológicas y nucleares había sido meramente un pretexto y no un fin. Un día después de esta revelación, el secretario de Estado Colin Powell, quien era expuesto como un mentiroso o un títere, defendió su presentación ante el Consejo de Seguridad de la ONU (6-II-03) diciendo que las armas serían encontradas eventualmente y que la evidencia eran dos supuestos laboratorios móviles de armas biológicas. Los cuales, si estuvieran realmente destinados a producir armas, requerirían de equipo para deshidratación del agente, descontaminación de personal (el supuesto camión de descontaminación que mostró en una foto de satélite era en realidad un camión de bomberos, como declaró el exinspector de UNSCOM, Peter Frank a *Der Spiegel*) y llenado de municiones: nada de esto fue encontrado.

Wolfowitz dijo que una de las principales razones para la guerra había si-

do sacar a las tropas estadounidenses estacionadas en Arabia Saudita e instalarlas en Iraq, “debido a que son una fuente de conflicto.” Muchos funcionarios y apologistas del régimen de Bush dicen que no importa si encuentran o no ADM, ya que el rescate del pueblo iraquí de las garras de un tirano es suficiente justificación para la guerra. No obstante, Wolfowitz comenta con pragmatismo fulminante: “Ayudar a los iraquíes es una razón, pero no es razón suficiente para arriesgar vidas de muchachos estadounidenses en la escala en que lo hicimos”. Pocos días más tarde Wolfowitz declaró a los diarios alemanes *Der Tagesspiegel* y *Die Welt*: “Pongámoslo de manera muy simple, la principal diferencia entre Corea del Norte e Iraq es que económicamente en Iraq la decisión era muy simple. Ese país nada en un mar de petróleo.”

El 27 de mayo, cuando el secretario de la defensa Rumsfeld declaró que era probable que Iraq hubiera destruido sus armas poco antes de la guerra, desató una batalla de acusaciones entre los servicios de inteligencia y los políticos que hicieron un uso selectivo de la información. Es claro que los *neocons* del Pentágono han optado por minimizar la importancia de las ADM y de esa manera tratan de volver “irrelevantes” (uno de sus términos favoritos) a quienes acusan a los gobiernos de Bush y Tony Blair de haber mentido o por lo menos inflado la amenaza para provocar una guerra. Independientemente de que hoy se encuentren arsenales de ADM, lo que es cierto es que no fueron usadas ni siquiera ante la inminente destrucción del Estado, por lo tanto, de existir, eran “irrelevantes”. No hay duda que de no ser por la propaganda la Segunda Guerra del Golfo nunca hubiera tenido lugar. El *casus belli* de este conflicto fue construido sobre mentiras, temor y paranoia por un grupo de ideólogos hiperracionales y mesiánicos que “conspiran públicamente” y a la vista de todos para conducir los cañones del imperio en esta cruzada bélica que apenas comienza. —

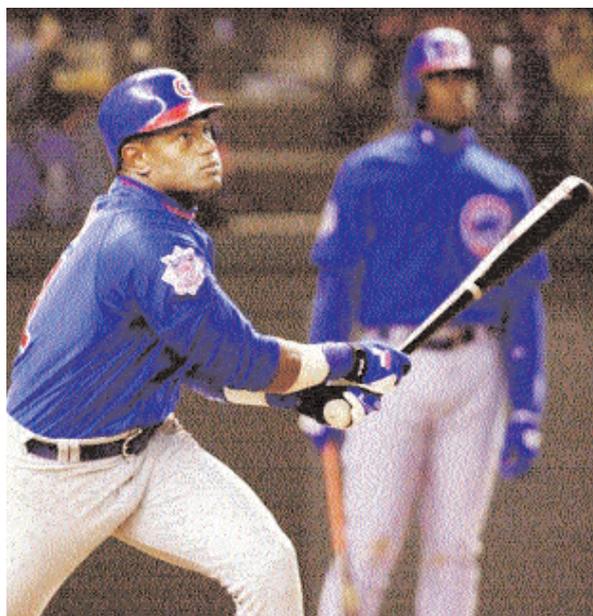
— NAIIEF YEHYA



BEISBOL

Alma de corcho

Quieto sobre un cable o la rama de un árbol, un oriol (*Icterus galbula*) es un animal grande en el que la intensidad del color anaranjado del plumaje del pecho contrasta escandalosamente con el negro mate en la cabeza y el trazo nítido de las bandas blancas sobre las alas. Al sol y en vuelo es una criatura rauda y refulgente. Contemplarlo en acción es un raro ejercicio de holganza en la velocidad y la desaparición: cuando se alza es



Sosa: ¿corchero?

una raya anaranjada en el cielo, casi un fénix que asciende y se desvanece en un instante.

Un oriol estuvo rondando mi barrio por los mismos días en que la atención pública completa de los Estados Unidos se olvidó de la ocupación de Iraq para concentrarse en el triste hallazgo de que Sammy Sosa, el bateador estrella de los Cachorros de Chicago y el jugador con más visibilidad en las Ligas

Mayores, usó un bat con alma de corcho. El pájaro aparecía con cierta regularidad hacia la hora del almuerzo, cuando estoy trabajando solo en casa, por lo que no podía enseñárselo a mi hijo, que a esas horas está en la escuela —ver al ave emblemática del equipo de beisbol de Baltimore tiene algo de hazaña. Tengo certeza sobre las fechas porque después del desayuno en que discutimos la noticia según la cual las radiografías de los bates de Sosa mostraban que el adulterado era sólo el que se le rompió, nos encontramos al oriol de camino a la escuela. Esperamos a verlo alzarse hecho una bola de fuego y, dado que íbamos con el tiempo justo, tuve que firmar el retardo para que lo dejaran entrar.

De entre la modesta colección de tarjetas de beisbol que atesora el niño, sus dos más preciadas son una firmada por Melvin Mora, el jardinero derecho de los Orioles, y otra con la efigie de Sammy Sosa, el inmigrante dominicano que con un tezón del tamaño de sus espaldas conquistó y puso a sus pies a la gente común del país más arrogante del mundo. Dos de cada cinco niños gringos son capaces de identificar la foto del bateador entre las de otros jugadores, y uno de ellos opina que es su beisbolista favorito. Desde que tomó conciencia de ese culto al buen clima que es el

beisbol, mi hijo formó parte de la secta millonaria de los fieles de Sosa a pesar de que su corazón está con Baltimore. Su debilidad por la estrella dominicana nunca entró en conflicto porque los Orioles y los Cachorros juegan en ligas distintas y, hasta este año, nunca se habían cruzado en la rifa de los juegos de interligas.

Entonces sucedió lo impensable y, como siempre, todo a la vez: Sammy

Sosa fue descubierto haciendo trampa y su primer partido fuera de Chicago después del escándalo se jugó en Camden Yards. Compramos boletos para poderlo ver arrojándose contra la bola antes de decidir si nos encontrábamos entre los que creen que el bat adulterado fue una estrategia desesperada por elevar sus estadísticas o —como él dice— un penoso accidente.

El *pitcher* de los Orioles que abrió contra Chicago suele lanzar consistentemente a una velocidad de entre 79 y 85 millas por hora. Su poder está en el efecto porque la pelota es visible para el jugador al que enfrenta. Cuando Sosa pasó a la caja de bateo por primera vez, todavía estábamos indecisos: una mitad del público lo abucheó con suavidad por tramposo y la otra aplaudió discretamente la humildad con que se había disculpado. Mi hijo tomó un atajo diestro y consistente con su sabiduría de siete años: abucheó y aplaudió al mismo tiempo. Sosa se acomodó sobre el *home*, abrió las espaldas, subió el tolete y conectó un doble feroz de aire premonitorio. Al poco hizo la primera carrera del partido, seguida por otras tres que los Orioles no fueron capaces de remontar.

Todos los seres humanos pueden ver una pelota que viaja en su dirección a ochenta millas por hora, esa velocidad marca la diferencia entre los profesionales y todos los demás. En la casta dorada de los grandes jugadores ofensivos hay dos tipos de estrellas: los que funcionan por estadística y los que nacen con la vista milagrosa. Los primeros tienen en la cabeza el patrón de comportamiento que sigue un *pitcher* y lanzan el bat con toda su alma a donde calculan que va a estar la pelota sin importar la velocidad a la que venga. Los bateadores superdotados pueden ver la bola una vez que ha sido lanzada, así que la colocan donde quieren. Cuando todos los demás veríamos una raya anaranjada, ellos verían un pájaro.

Tras los primeros tres turnos al bat de Sammy Sosa seguíamos sin saber a qué clase pertenece porque los lanzamientos no iban lo suficientemente rá-

pido para señalar si es un genio o un calculador. Esa información era decisiva para tomar una postura frente al corcho porque lo que hace un bat adulterado es conservar la misma fuerza pero con menos peso, lo que significa que el bateador cuenta con una fracción de segundo extra para calcular dónde y cómo le va a pegar a la bola: los físicos suponen que quien batea con un tolete relleno tiene una ventaja de seis pulgadas sobre los que no.

Conforme el partido fue avanzando el público impulsado por la frustración de la derrota inminente fue perdiendo la caballerosidad: para el tercer turno al bat de Sosa el rugido de las gradas ya tenía el tamaño de los cataclismos morales. Un espontáneo brincó al jardín izquierdo, se arrodilló frente al dominicano, y cuando éste se acercó le lanzó un par de corchos. La gente bañó de cerveza a los policías que lo sometieron: un hecho simplemente impensable en la generalidad de la conciencia gringa.

Para la novena entrada el entrenador de los Orioles, que sabe de masas sedientas de sangre, arrojó innecesariamente al campo a su cerrador estrella: Jorge Julio, un hombre capaz de lanzar rectas de más de 98 millas por hora. El poder de su brazo es tal que los sentidos no perciben la diferencia entre el momento en que sale el lanzamiento y aquel en que se escucha el golpe de la pelota en el guante del receptor. Sosa tenía el cuarto turno al bat y Julio le dio base por bola al jugador anterior para poder enfrentarlo. Para entonces el estadio completo estaba gritándole al héroe en desgracia el insulto que seguramente lo perseguirá por el resto de su carrera como visitante: “Corchero.” La ejecución se silvó de pie. Julió lo ponchó en cuatro lanzamientos feroces.

Ahora ya sabemos que el bat relleno era pura superstición: la trampa, para colmo, fue en balde. La estrella caída nunca pudo ver la bola; como la mayoría de nosotros, sólo vio pasar el fuego porque sus ojos no son capaces de discernir al pájaro. —

— ÁLVARO ENRIGUE

SOCIEDAD

Nueva crudeza mexicana

Ya formados sobre el cruce de cebra frente al edificio del PRI, en Insurgentes Norte, cuentan “uno, dos, tres”, y se bajan los calzones. El desnudo, descarado o a regañadientes —pues algunos nunca bajan del todo la ropa interior—, dura los dos minutos del semáforo en rojo y la fila se rompe con el siga.

El espectáculo, justo al mediodía, es un tanto chocante porque no se trata de los desnudos del cine o del porno, que se producen como una fotografía publicitaria, sino de las carnes colgantes, estriadas y flacas de los campesinos de Veracruz que reclaman desde el año pasado unas tierras que les despojaron hace mucho tiempo.

No importa que el de los 400 Pueblos sea un movimiento vagamente huidizo, dirigido desde hace décadas por la familia Del Ángel, encabezada por César, líder del extinto Partido Socialista de los Trabajadores, que en su formación apoyó al gobierno de Luis Echeverría. Tampoco importa que sus reclamos sean contra un ex gobernador y un funcionario del PRI en plena campaña electoral ni que se acuse a funcionarios de la Secretaría de Gobernación de estar manipulando a los campesinos.

Lo que importa es el desnudo: El hombre en trusa roja o blanca quien, con una guitarrita, crea coplas propiciatorias; el desnudo para llamar la atención de ciudadanos, televisión, y autoridades. Ése es el mensaje.

En la contundencia de su crudeza, el desnudo elimina demandas e intereses. Sólo quedan esos cuerpos en cueros, vistos con sorna por los taxistas que cruzan Insurgentes, cuyas líneas más íntimas evitan las empleadas que nunca quisieron llegar tan rápido a sus oficinas, que se convierten en parte de las fotografías que mostrará el turista a su regreso a Omaha.

El desnudo es la protesta y, aunque tratamos de llenarlo con palabras (“lo

que tienen que hacer para que les hagan caso”; “es indignante lo flacos que están”; “los jarochos siempre han sido más liberales”), ninguna de ellas logra captar el hecho de que el desnudismo parece ser una forma de entender la transparencia: alguien que se desnuda en la calle demuestra que es muy leal a su causa. Antes, para probar eso, había que dejarse morir en una huelga de hambre.

Mi casa nunca será tu casa, pero te dejo verla en fotos

Uno de los cambios más notorios ha tenido a la intimidad como sustento. En el libro de Daniela Rossell, *Ricas y famosas*, una millonaria se deja fotografiar dentro de su mansión con la estatua de un esclavo negro de fondo.

El escándalo es instantáneo para los ojos pobres y anónimos, como los míos: el esclavo somos todos los que tenemos que trabajar para vivir. Pero no resulta así para la millonaria quien explica a quien le pregunte por la presencia de la estatua:

—En una de mis otras vidas fui una negra de África traída a América como esclava.

Sus razones íntimas renuevan la sensación de que, al abrir las puertas de sus casas, propiedades, y vidas familiares, los ricos nos parecen a los demás como extraterrestres. “El primer avistamiento de Marte”, oí alguna vez decir a Pascal Beltrán del Río, mientras hojeaba una revista *Quién* en su escritorio de *Proceso*. Esas fotos y otras similares que exhiben a los dueños en sus propiedades, con caballos, cebras disecadas, candelabros de los que hipnotizaban a Madame Bovary, sintetizan un cambio en la idea que los ricos mexicanos tuvieron durante décadas de la intimidad. Antes, la suma total de sus activos, sus viajes, y sus colecciones de arte y artesanía, eran secretos que algo cercano al decoro en un país pobre impedía revelar. Hoy, las fortunas viejas y nuevas exhiben con relativo desparpajo en qué última instancia quedan algunas de sus utilidades: el lujo.

Y parte de ese desparpajo o de su carácter marciano es que su lujo es, para

el resto, mal gusto, extravagancia, vil rococó de la simple ostentación. En medio de su exceso, la mujer millonaria, desapegada del sentido, e incluso de la posibilidad del ridículo, posa para los espectadores. Al igual que en los desnudos veracruzanos, el interés de las mujeres millonarias por exhibirse en su propio hábitat evade nuestras interpretaciones que van de la tristeza en sus rostros hasta la indignación por gastarse tanto en algo tan estorbo y de mal gusto. El mensaje es, otra vez, hacer público algo que no hace mucho era íntimo. La crudeza del acto: aparecer en *Quién* es poseer la membresía en el grupo de las que ya salieron en *Quién*.

Soy la que soy y no me parezco a nadie

La construcción de uno mismo para consumo masivo implica inventarse, además, una intimidad exhibible. El fondo que une los *reality shows* mexicanos con las confesiones de los funcionarios públicos sobre sus vidas amorosas y familiares es que son aburridos.

En esa intimidad para consumo de todos, el sexo casi siempre está excluido. No importa cuántas horas veas Big Brother, lo más que llegarás a ver son fricciones en pijama mucho menos atrevidas que las que uno tiene en la niñez con una prima. Lo demás será parloteo y, por supuesto, el cuento de mi vida sobre la víctima que he sido.

Afuera de la casa de Big Brother, el disputado espacio público de la víctima privada ha sido ocupado por muchos en estos primeros años de alternancia: por la esposa del gobernador de Quintana Roo que desplegó la infidelidad de su pareja ante los medios, por Elba Esther Gordillo hablando sobre su padre negligente, por la misma esposa del presidente Fox hablando de violencia intrafamiliar con su primera pareja, por esa pareja hablando de “la paloma que voló” y “los cuadernos rayados”...

La crudeza del lenguaje, la voz tembleque, la lágrima a flor de globo ocular son ya clásicos de la intimidad creada para que usted goce. Lo que conmueve se convierte en un acontecimiento para ser transmitido.

Fondos Mixtos

Los Fondos Mixtos son fideicomisos constituidos con aportaciones concurrentes de los gobiernos estatales y el CONACYT para apoyar proyectos de investigación aplicada y desarrollo tecnológico orientados a atender necesidades y resolver problemáticas locales y regionales.

Antes, los 32 estados aportaban 30 millones de pesos en apoyos conjuntos con el CONACYT. Hoy, con 24 estados el monto aportado supera los 380 millones de pesos.

www.conacyt.mx

En el viejo régimen la vida privada de los hombres públicos sólo era un rumor. Ahora, contar con una intimidad publicitable es parte de ser un hombre público. La pareja debe ser, también, reconocida: una actriz, una personalidad mediática (Jorge G. Castañeda y Adela Micha). Es la duplicación de la fama lo que llega al lenguaje de los clientes. Y se triplica si es una actriz joven y guapa: la conquista de la bella antecede, de una forma extraña, a la conquista del poder. La habilidad para seducir al electorado comienza con la seducción de la pantalla de tele.

Durante la larga lucha democratizadora que comenzó en 1958 con la huelga ferrocarrilera y sus descendencias en 1968, 1988 y el 2000, la demanda unificadora era “escúchenos”. Ahora, sin que esta demanda haya sido cumplida, las élites demandan: “véannos”.

Lo mismo si es el ultrasonido del nieto del presidente, que si es un diputado cantando en un bar, que el diputado gordo sin más prenda que el logotipo de su partido, la crudeza de la competencia política se despliega en la lucha por minutos al aire: no existen explicaciones para estas conductas sino por la conmoción, los análisis son sustituidos por el testimonio. La competencia por ser querido, creído, y reconocido se ha convertido en una carrera sin fin hacia la crudeza.

El destape a la mexicana

El destape que acompaña a las transiciones democráticas normalmente es sexual. En España los primeros desnudos en la televisión abierta despertaron conciencias sobre la equidad, el cuerpo, y los derechos de las mujeres al mismo tiempo que el lenguaje en las canciones del radio se volvía más explícito.

En México, los primeros desnudos en televisión abierta ocurrieron en Canal 40 y fueron captados por cámaras de seguridad en el penal de Almoloya. Cuerpos obesos practicando sexo sin mucha inventiva en el veloz y espionado cuarto de una visita conyugal: ése fue nuestro destape. Más voyeurista que práctico, el destape mexicano es, sobre

todo, el cambio que, a diferencia del cambio de régimen, un día ya estaba ahí y tenía que ver, no con la sexualidad, sino con la necesidad de generar intimidades publicitables. Con frecuencia, éstas no se contienen a sí mismas y es entonces cuando vemos al diputado ebrio pegándole al policía.

El destape voyeurista y asexual: al ser entrevistado en su parroquia en Tijuana, un sacerdote se niega a declarar; toma un bote de basura y se lo pone en la cara. El bote de basura es una metáfora de sí mismo. Exasperado por la insistencia del reportero sobre si el cura cometió o no delitos electorales a llamar a no votar por ciertos partidos que promueven el condón, el párroco toma una escoba y la emprende a golpes contra el comunicador: “Ya lárgate”, repite. Lo que no supo el sacerdote es que ese acto se unía con más vigor a la estética de la crudeza que hemos venido construyendo en estos tres años, que cualquier declaración que hubiera dado.

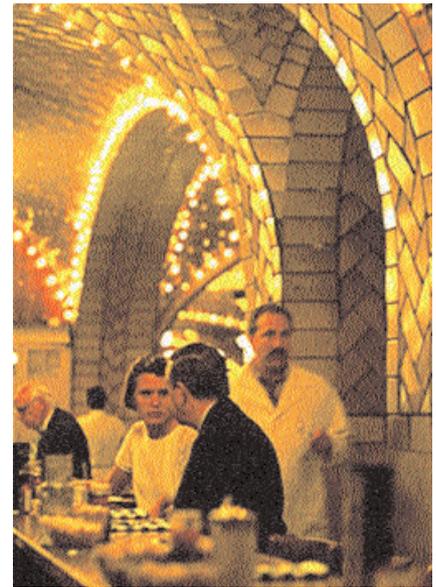
Pero, al igual que su acto, sus palabras, pasarán y con ellas lo que sentimos cuando las vimos por primera vez. Y, entonces, no lo habremos perdonado. Sólo olvidado. —

— FABRIZIO MEJÍA MADRID

INTOLERANCIA

Los últimos ceniceros de Nueva York

En una cierta cueva subterránea de estirpe elegante y olor a sal, se lee en un arco iris de letras: Oyster Bar. En la barra de entrada se ofrece una carta con treinta tipos distintos de ostiones frescos, una lista de 259 vinos de diversas cosechas y los últimos ceniceros de Nueva York. De las bóvedas de arista de medio punto cuelgan candiles con forma de carrusel iluminando barcos pesqueros. Abajo, a nivel banco, la clientela fuma y bebe, el ambiente cargado le da un toque de club que festeja estar al margen de una era nueva de Prohibición. Grand Central Station, donde se localiza el Oyster Bar, es propiedad del estado, razón por la cual ha



Oyster Bar: reducto del fumador.

podido ser excepción a la ridícula ley local impulsada por el alcalde Michael Bloomberg que prohibió desde el 30 de marzo fumar en bares. Hace un año empezó a torcerle el brazo a esta escoria políticamente incorrecta, los fumadores, con un aumento al impuesto de los cigarros que elevó el precio a casi ocho dólares por cajetilla, y ahora, con su nueva iniciativa para prohibirles espacio, terminó por aplicarles brutalmente una llave.

El Bloomberg post-Giuliani gobierna la ciudad que había sido icono urbano de lo liberal, lo bohemio, lo peligrosamente estimulante, la isla más afortunada para los desterrados e inmigrantes, la especie de prótesis cultural que se enorgullecía de conservar su debida distancia —ríos de incompatibilidad territorial, psicológica, intelectual de por medio— con el resto de Estados Unidos. La gobierna no como el político que nunca ha sido, sino como el hombre de negocios millonario que es, preocupado por reducir el déficit presupuestario de una ciudad a la que trata como empresa. Decidió, con sospechoso aplauso, que su sueldo como alcalde sería de un solo dólar anual, tal cual: “\$1.00” se factura. Es infinitamente generoso, claro, pero también insensible. Se ha puesto a castigar a sus *subordinados* como si vivieran todos en el Upper West Side: el

transporte público, metro y autobuses, cuesta ahora dos dólares por viaje. Ser fumador y ser pobre es prohibitivo en Nueva York, imposible elegir libremente ninguna de las dos virtudes.

Lo trágico está en la práctica, lo divertido en la prensa. La página editorial del *Times* está sirviendo como foro de moralidad entre los nuevos rivales: fumadores y no fumadores; la condición es ser famoso para subir al ring. Joe Esterhaz, guionista de las películas *Bajos instintos* y *Atracción fatal*, mandó una nota para expresar públicamente su arrepentimiento por concebir personajes que fumaban. Se atormentaba por haber inducido a incontables actores al vicio. Enfermó de cáncer en la garganta y decidió eliminar las virtudes de humo que antes ornamentaban la tensión de sus *psycho-thrillers*. Por razones de salud su imaginación resolvió ser hoy día *smoke-free*; pero sus personajes lo rebasan, son inmortales, a diferencia de los seres mortales e imperfectos de quienes se inspira: los humanos. ¿O acaso estará pensando suministrarle nicoret a Catherine Tramell para que Sharon Stone deje de fumar? Kirk Douglas colaboró con su propia nota el 16 de mayo arrepiñándose del vicio que se *vio obligado* a adoptar por órdenes del director en su primera película, *The Strange Loves of Martha Ivers*, en 1946. Cuenta que su experiencia con su golpe inaugural fue horrible, se mareó y hubo que interrumpir la secuencia que actuaba; no obstante, a partir de entonces, dejó clavado un cigarro entre sus dedos. La actriz Lorraine Bracco se queja también: publicó que desde que fumara para la obra teatral *The Graduate* en Broadway no lo ha podido dejar. El músico Joe Jackson, por su parte, escribió indignado para lamentarse de que en un concierto reciente que dio en Nueva York, su querida ciudad adoptiva, había en el camerino cinco anuncios de *No Smoking* y que, en cambio, en el camerino de la ciudad de Hamburgo a donde fue después, había repartidos por el cuarto cinco ceniceros —y un encendedor de cortesía. Denuncia a Nueva York como una ciudad intolerante y advierte que la va a cambiar

por Londres, Berlín o Barcelona.

La intolerancia es un problema que ya alcanzó a la gran manzana, y empieza por reflejarse en un estado policiaco a nivel personal. Se trata de establecer una distancia con el prójimo, levantar una muralla, propiciar la ignominia. Nadie tiene porqué soportar el humo de tu cigarro, el olor de tu perfume, las bacterias de tu mano, el ruido de tu rutina diaria tan pronto te levantas de la cama. En el edificio donde vivo, las quejas se acumulan entre vecinos por ese factor humano irremediable: el simple hecho de existir. Le he dicho a mi vecina del piso de abajo que seguimos ensayando, sin conseguirlo aun, el mágico arte de flotar para evitarle las jaquecas que la acosan por el ruido de nuestros pies descalzos. La señora del quinto piso levantó una queja en el ayuntamiento contra la familia del sexto porque no soporta que el niño de un año rebote sobre su techo ahora que se le ocurrió aprender a caminar. La familia es salvadoreña y según la apreciación de la señora el niño rebota más que, digamos, uno blanco promedio a quien por lo general se le protege con casco, rodilleras y ropita acolchonada para evitarle esos primeros madrazos con los que uno inaugura su libertad ante la vida.

Un gringo se acerca a la barra del Oyster Bar y me pregunta si estoy escribiendo mi lista de pendientes, le contesto que estoy escribiendo que un gringo se acerca a la barra del bar. Luego platicamos del placer que significa poder fumar en este lugar: por ser un acto casi clandestino raya en lo criminal. Creo escuchar el vaivén del disco *drag* de k.d. lang en la amplificación de mis anillos de humo. En el Oak Room del Hotel Plaza también se fuma; como la clientela extranjera tiene dinero puede darse el lujo de pagar las multas. Me dice de pronto que él no tiene ningún problema con los fumadores ya que él mismo fuma, pero los limosneros, me dice, los limosneros del metro, de dónde vienen y a dónde van, eso sí que debían prohibirlo. —

— MAITÉ IRACHETA

GÉNEROS

El sexo débil

Los hechos comienzan a confirmar lo que la humanidad ha intuido con claridad desde siempre: no conviene sacar a las mujeres de su jaula. Cuando volteas la cara, ya se te treparon hasta la azotea. Si aun con una cultura casi universal que les repite día y noche en todas las lenguas del mundo que son impuras, pérfidas, depravadas, flojas, intrigosas, hipócritas, tontas, salaces y falsas apenas si se consigue mantenerlas a raya, ¿qué podemos esperar cuando este régimen de contención relaja su disciplina? La catástrofe, claro (tan femenina, por lo demás, ella).

El daño está hecho. Acaso sea irreversible. Podemos leerlo con pelos y señales en la edición del 26 de mayo de *Business Week*, uno de los semanarios de negocios más influyente de Estados Unidos: desde la preprimaria hasta la universidad, entre todos los grupos sociales, con cualquier criterio que se quiera medirlo, el rendimiento escolar de las mujeres en este país está superando al de los hombres por márgenes abultados, que siguen, además, creciendo. Ya no se trata de una curiosidad para pedagogos, escondida en las notas a pie de página de una revista académica. Es una realidad palpable, que se discute en los medios de difusión masiva. Que una revista de este tipo se ocupe del tema resulta particularmente significativo, porque ningún problema es realmente un problema mientras no amenaza con rasguñar la delicada piel del dinero.

Los descalabros comienzan en el kínder, donde los niños tardan más en desarrollar sus habilidades motoras, así que no pueden competir con las niñas en destrezas tan cruciales como recortar nubecitas de papel de china. Llegando a la primaria las niñas ganan de calle en lenguaje y casi igualan a los niños en su bastión tradicional, las matemáticas, pero lo grave es la conducta: tres veces más niños que niñas son diagnosticados con discapacidades emocionales o de aprendizaje y tienen una probabilidad

cuatro veces mayor de estar tomando algún medicamento psiquiátrico, como Ritalín. Ergo: hay 70% más niños en las clases de educación especial (para burros, vaya). Al pasar a secundaria y preparatoria, los problemas se agudizan. Las niñas no sólo sacan mejores calificaciones en promedio, sino que dominan en casi todas las actividades extracurriculares (consejo estudiantil, música, clubes académicos, etc.) excepto deportes. En este periodo, es 30% más probable que los niños deserten antes de graduarse, 85% más probable que maten a alguien y de cuatro a seis veces más probable que se suiciden. Así las cosas, a nadie sorprende que en prácticamente todas las universidades la mayoría de los alumnos sean mujeres. Hoy en día, las mujeres reciben 57% de los grados de licenciatura y 58% de las maestrías. Se espera que estas cifras sigan creciendo y que pronto alcancen y superen a los hombres también en doctorados. Tales tendencias se presentan en todos los grupos étnicos (entre latinos y negros son aún más pronunciadas) y se repiten con variaciones mínimas en la mayoría de los países industrializados. Sus efectos sobre el mercado de trabajo hace años que comienzan a sentirse, pero van a acabar de manifestarse con toda claridad en las próximas dos décadas. Si las cosas siguen su curso, las mujeres en los puestos de decisión más altos dejarán de ser pintorescas excepciones para convertirse en la norma.

Este panorama no parece concitar el entusiasmo que debiera. En algunos sectores, hasta se le utiliza como estandarte para convocar a la guerra santa. La posibilidad de que las mujeres asuman el control efectivo del mundo ha pasado de verse como un sueño guajiro a contemplarse como una pesadilla inminente. El *angst* colectivo relacionado con el declive de la masculinidad comenzó a manifestarse con toda claridad a finales de los noventa, cuando una serie de películas emblemáticas, desde *Belleza Americana* hasta *Pleasantville* y *El club de la pelea* se ocuparon con diferentes grados de sutileza del derrumbe

oprobioso del poder patriarcal. Tal vez la culminación del género sea *Election*, una comedia brutal en la que Reese Witherspoon encarna con registro perfecto a la trepadora implacable. No puede ser casual que todo esto haya salido a la superficie en los últimos años de la presidencia de Bill Clinton, cuando el futuro del hombre más poderoso del mundo quedó a merced de la buena voluntad de dos mujeres. La infantil incontinencia de Bill (el niño que no tuvo padre), acorralado entre la lascivia de Mónica y el gélido cálculo político de Hillary, quedará para la posteridad como la imagen que resume una época.

Todas las distopías antifeministas implican en alguna medida esta combinación de poderes. Las mujeres acceden a sus nuevos recursos de autoridad explícita sin tener que renunciar a sus inherentes poderes tradicionales de seducción erótica. La suma es excesiva, irremontable, diabólica. Una vez cristalizada, sólo puede resultar en una tiranía. Poco importa que en la vida real la mayoría de las capitanas de la industria y los negocios disten mucho de tener los encantos de Kim Basinger o de Demi Moore, ni su correspondiente capacidad de embrujo. En la mente masculina, el horror suele adquirir la forma de la retribución simétrica: asumimos que al ocupar nuestro lugar habrán de tratarnos más o menos como las hemos tratado nosotros hasta ahora. Lo cual no deja de ser una perspectiva preocupante. Nos imaginamos recludos en la cocina, chismeando sobre vomitadas de bebé mientras las señoras hablan en la sala de las cosas que realmente importan, cosas de mujeres, que nuestro limitado entendimiento no podría comprender. Previendo la cadena interminable de abusos a la que seremos sujetos, reclamamos que se nos compense por adelantado. El reportaje de *Business-Week* menciona el caso de una escuela privada del Medio Oeste en donde se estableció la regla de que todos los premios y puestos de dirección tienen que repartirse a partes iguales entre hombres y mujeres. Lo curioso es que tal apetito de igualdad no se manifestó

sino hasta que las mujeres comenzaron a arrasar con todo. Después de insistir durante milenios en que las mujeres son naturalmente inferiores, ahora nos preocupa establecer con claridad que tampoco puede resultar que sean naturalmente superiores. Sus aspiraciones tienen que quedar, como máximo, en un justo y democrático *fifty-fifty*.

Pero lo cierto, a pesar de todo el *hype* y el *spin* invertido en el tema, es que el asalto al poder por parte de las mujeres es todavía una posibilidad remota. En términos absolutos, su posición en las sociedades modernas sigue siendo de clara subordinación. Fuera de ellas, borda con frecuencia en lo atroz. No conviene perder de vista que el presidente Bush es la demostración palpable de que para llegar a la cúspide del poder mundial la única cualidad indispensable sigue siendo ser hombre. Parece innegable, sin embargo, que la influencia de las mujeres continuará creciendo cada día. Y que en esa medida irán poniendo su huella con mayor claridad sobre el destino del mundo. Hasta ahora, con todo, sus avances no parecen estar "feminizando" de modo discernible los ámbitos a los que han venido ganando acceso. Antes bien, aquéllas con la determinación suficiente para llegar a los niveles más altos dan la impresión de "masculinizarse". Esto demuestra, en todo caso, que la distinción de las actividades humanas en esferas "masculinas" y "femeninas" es casi siempre un ejercicio arbitrario. Fuera de unas cuantas actividades, como gestar y dar a luz a los hijos o imponerse en los deportes que exigen fortaleza física, la realidad ha demostrado con creces que ambos sexos son capaces de hacer las mismas cosas. Lo cual, visto sin aprehensiones históricas, es una liberación para todos, porque los roles que solemos cumplir los hombres también nos han sido impuestos. Por cada niña que quiere ser corredora de coches o astronauta puede haber un niño que quiera ser maquillista o bailarín exótico. Si una mujer se muere de ganas de ocupar mi lugar como soldado en la siguiente guerra, no me opongo;

y si la sabiduría de su liderazgo acaba para siempre con ellas, tanto mejor. Después de eras y edades de lo mismo, creo que todos nos merecemos un buen descanso. —

— HÉCTOR TOLEDANO

SEMBLANZAS

Adiós, Nacho

Si haber cumplido todavía los 41 años, se nos ha ido Nacho Helguera, uno de los escritores jóvenes más brillantes de este país. Filósofo de formación, ajedrecista notable, crítico musical, editor, antólogo, cronista de cultura, concededor de fútbol, experto en whiskies, Nacho representó uno de esos raros casos en que el escritor se hace sin titubeos desde su primer libro, como quien tiene prisa de escribir todo lo que tendrá que escribir. Con las prosas poéticas de *Traspacios*, publicado en 1989, Nacho, a los 27 años, se dio a conocer como un escritor ya formado, con gustos e inclinaciones que casi no variarían con el paso del tiempo, tiempo en el que se dedicó a añadir con regularidad a ese primer ladrillo los otros tabiques de una obra que nos parece desde ahora, aun en su amplia variedad de géneros, regida por un mismo tono inconfundible. Su actitud como escritor, entendido éste como un esforzado amanuense, un trabajador de la pluma (nada de vértigos metafísicos ante la hoja en blanco, sino una continua y a menudo placentérisima lucha con el lenguaje, tanto en los textos de largo aliento como en las notas de ocasión), le debe mucho al espíritu de escritores como José de la Colina, Gerardo Deniz y Pedro Miret, de quienes le venía a Nacho una conciencia casi física de la literatura como un oficio que sirve, entre otras cosas, para comprarse un par de zapatos, una buena botella de whisky o pagar los impuestos. Siempre que me hablaba de lo que estaba escribiendo, aparecía el tema del dinero, de cómo con tal texto o tal otro pensaba ponerse al corriente con tal pago, tal deuda, tal retraso de la renta, y yo, pertrechado en mi empleo

MÉXICO

Su territorio

Su población

Su economía

www.inegi.gob.mx



*Porque proporcionamos información
para todos...*

01 800 463 44 33

atencion.usuarios@inegi.gob.mx

¡México cuenta con el INEGI!



 INEGI

www.inegi.gob.mx

universitario que me alcanza sólo lo justo, pero no me provoca sobresaltos, le envidiaba en el fondo esas zozobras económicas, que daban a todo lo que escribía un toque de apremio, de urgencia, de vuelapluma. A esta actitud pragmática ante lo que significaba ser escritor, se añadía en Nacho la fidelidad a ciertos modelos estilísticos (Torri y Arreola en primer sitio, con su ejemplo de brevedad, ironía y precisión) que hacía de él un artesano gozable como pocos, un escritor dueño no sólo de un estilo, sino de un tono propio, peculiar, totalmente suyo; un tono mordaz, pero nunca amargo, más bien apurado y melancólico, siempre atento al ritmo de la frase, a la cadencia entre frase y frase y, en suma, a la música que corre debajo del texto. Fue Nacho, sin duda, uno de nuestros escritores más musicales, con un oído privilegiado para captar el ritmo de las palabras, y de ahí la sensación de que sus escritos nacían ya empezados, como secreta prolongación de otros, con esa aparente facilidad de arranque que sólo puede definirse como naturalidad. Eso lo hacía uno de nuestros escritores no sólo más inteligentes, sino más legibles. Cuando se lee un texto de Nacho, uno puede relajarse porque sabe que está en buenas manos, ante un escritor siempre solvente y sobre todo ante una voz cercana y creíble. Era la prisa, sin duda, algo constitutivo de esa escritura, de ese escritor que gracias a ella rehuía o atenúa, por pudor o simple inseguridad, la conciencia de serlo. En este sentido, él, que escribía tantas cosas por encargo, cumpliendo puntualmente con las fechas de entrega, era el menos profesional de los escritores. Nunca perdió ese toque de inseguridad, de inquietud, ese algo infantil que salía a luz sobre todo en ese gesto suyo con que a cada momento se liberaba la frente del mechón que le caía hasta teparle los ojos y que, sospecho, debía de ser uno de sus mayores atractivos con las mujeres, que siempre lo rondaron en buen número. Sí, la prisa era su acompañante fiel, y ciertos títulos o subtítulos suyos, como por ejemplo el de “Diver-

timentos, crónicas, ensayos rápidos 1990-1997” (subtítulo de su libro *¿Por qué tose le gente en los conciertos?*), u otro como *El cara de niño y otros cuentos*, denotan su gusto por evitar los rótulos demasiado comprometedores y nos hablan del escritor de inspiración súbita, esgrimista de raza, que recopila cada tanto sus papeles para armar un nuevo libro y luego reanuda su camino, auto-crítico y siempre insatisfecho. No, no era una persona fácil. Los zurcidos, las correcciones y las enmiendas tan milagrosamente ausentes del ritmo siempre fluido y limpio de su página, nos los cobraba, como amigo, en forma de reclamos, críticas, suspicacias, alejamientos, disculpas, reconciliaciones y nuevos alejamientos. Pero con Nacho, si las circunstancias lo permitían, se podía hablar de veras, a fondo, porque nada lo escandalizaba. Es más, lo escandaloso y lo anormal lo atraían, en lo anómalo encontraba un extraño oasis de paz, de distensión, de aceptación de la vida y sus contradicciones, y en muchos de sus cuentos y poemas, por debajo de las situaciones más sombrías y aberrantes, hay siempre un aliento de reconciliación y hasta de fraternidad. Nacho se hallaba en lo mejor de sí mismo en ese extraño cruce entre lo sombrío y lo ligero, entre lo trágico y lo humorístico, entre el adulto fugitivo y el niño estático, como puede verse en este hermoso poema sobre un globo que se escapa de la mano y en el cual, ahora que él se nos escapó tan de golpe, parece decirnos la manera como le hubiera gustado que lo recordáramos aquellos que lo quisimos y lo admiramos:

Alta nos queda la felicidad
fin último del hombre según
Aristóteles
Alta nos queda
rara vez la alcanzamos
pero a veces
en forma burlona de globo
desciende sobre nuestras pobres
cabezas
y sentimos su suavidad
electrizarlos el pelo
y asimos su hilo

y acariciamos su liviandad oval
y paseamos por el parque del mundo
con nuestro globo
y reímos como idiotas
ebrios de felicidad
hasta que nos parece ordinario,
aburrido,roso
pasear como idiotas con un globo
por el mundo
y la mano pierde el hilo
y el globo vuela angustiosamente
como hacia un precipicio
hacia el infinito. —

— FABIO MORÁBITO

Luis Ignacio Helguera en la línea de sombra

Los aforismos son medias mentiras envueltas en medias verdades. Éste no es la excepción: “En rigor, sólo cuando muere, un amigo es amigo para siempre.” Soy tan amigo de Nacho Helguera, somos tan amigos, hoy como hace unos pocos días, cuando conversábamos, discutíamos, oíamos música. Pero su muerte me ha enojado conmigo y con él como jamás lo estuve mientras vivía, al mismo tiempo que ahora valúo su amistad y su genio, el malgastado y el llevado a buen término, de una manera más profunda: la muerte concentra nuestra atención en el muerto y nos revela cruelmente nuestra fragilidad y su orfandad; pues el muerto, sobre todo cuando muere joven, es huérfano: del hombre que habría podido llegar a ser con los años y de nosotros, de nuestra memoria y de nuestro olvido. Ahora que ha muerto, recuerdo nuestras conversaciones, nuestras fingidas peleas, nuestra amistad, y me da rabia que no continúe aquí. Subestimé su tristeza. Creía que su amor al ajedrez, la música, la literatura y las mujeres iban a ganarle a su torbellino: casi toda su enorme capacidad se le fue en seguir, en perseverar sin salida (Peón: “Nada. / Mover un peón sobre el tablero / nada más. / Peón cuatro dama. / Contra nadie. / Contra el hastío. / Contra la incertidumbre. / Contra la zozobra. / Contra

el infinito. / Contra la nada.”); de haber superado su última etapa, nos habría dado con creces a sus amigos su inteligencia y su sentido del humor, y a sus lectores una obra en prosa y verso tan variada como la que nos dejó, pero más cargada por los años.

Releo sus agudos aforismos, sus cuentos de amargo humor tétrico, escritos, al mismo tiempo, con las dos edades de un anciano y un niño: de un anciano que no hubiera pasado por las etapas intermedias de la madurez, de un niño genialmente precoz, de esos que son amigos de sus abuelos. Recuerdo su biblioteca y sus lecturas, más propias de algún descendiente de españoles nacido en los años veinte que de un mexicano nacido en los años sesenta. Siempre Luis Ignacio Helguera fue más viejo o mucho más niño que su edad. Estuvo a punto de coincidir con ella, últimamente, pese a sus crisis o quizás por ellas. En sus últimos poemas, en los que decididamente se alejó del poema en prosa y manifestó a plenitud su enorme naturaleza de poeta, apuró con una lucidez y una honradez notables su drama que, insisto, fue el de “la línea de sombra”, el de ser alguien muy cansado y muy viejo, al tiempo que un niño caprichoso y voraz, con una gran energía y una conmovedora ternura, que tenía ineludiblemente que asumir, ya, las tareas, las refrenadas costumbres que permiten sobrevivir, pasar de los cuarenta.

En un número reciente de *Pauta*, Luis Ignacio Helguera publicó tres poemas con fondo musical dedicados a su padre y a dos de sus tíos. Reproduciré un fragmento de cada uno de ellos. Son más que suficientes para dar cuenta de la altura que logró como poeta y de la intensidad de su vida: “Sólo ahora, a los cuarenta años, / comprendo por qué me recostaba en el sofá de la sala cada noche / cuando estudiabas ese *Intermezzo* de Brahms / porque expresaba tu carácter y tu fuerza y tu nobleza, que aprendí mal”... “Esta vecina de mis padres en Chicago / ensaya todas las tardes el *Andante un poco adagio* de la Primera sonata para viola de Brahms /

mientras piso las hojas rojas y anaranjadas de la Campbell Avenue / ¿Por qué le obsesiona ese movimiento como a mí? / (porque no lo estudia: le obsesiona) / ¿Por qué pasan estas cosas, tío? No toca mal la viola, aunque se atora en un pasaje difícil, como yo en la vida”... “Qué tristeza a veces da la tristeza ajena / la de la gente bienintencionada a la que el destino parece empeñarse en probarle que es mejor ser mala persona / la de la gente que trata honradamente de “superarse” / y compra y lee con esfuerzos uno de esos manuales de superación personal / y todo le sale mal / como todo bien a los autores abyectos de esos *bestsellers* / una tristeza que va y vuelve como las olas del mar / la de la gente buena que cree a diario en Dios por más que Dios sólo le dé a diario bolillo duro / qué tristeza la del hombre que logra por fin armar el rompecabezas de su vida / solamente para comprobar que fue todo un rotundo fracaso...”

Conozco muchos de sus poemas, que como los citados arriba, me impresionan por su verdad. Pudo hacerlos porque vivió lo que vivió. No hizo más porque dejó de vivir. Son suficientes, sí. Pero yo lo quisiera vivo viviendo, bebiendo o sin beber.

Atrabiliario, quijotesco, romántico, rebelde, humorista, cultivador de rarezas pero no esnob, bohemio, uno de los pocos contemporáneos cultos que se atrevía a utilizar esa palabra, amante de delicadezas extremas al mismo tiempo que frecuentador de la sordidez ajena más desmesurada, conflictivo, pero más amigo de sus amigos que del conflicto. Se ha marchado por el traspatio y el traspíe. Se tropezó. Creo que estuvo a punto de salvarse. Lo que pasó es que se atoró, como la violista de su poema, en un pasaje difícil, del que extrajo notas únicas, inteligentes, desgarradoras y apasionadas. Helguera, desde el mechón, incluso, era un romántico, un romántico con sentido del humor y refinado, que, si hubiera pasado este pasaje difícil, creo que se habría vuelto más sabio: más apto para comprender y aceptar. La última vez que platiqué con

él traté de convencerlo, inútilmente, de que ya iba siendo hora de cortarse el mechón; aceptó casi lo del alcohol, pero en lo del mechón rotundamente me dijo que no.

Estaba enamorado, intelectual pero vitalmente enamorado, de ciertas personalidades, de ciertas obras inexplicables. Estaba enamorado de Arreola, del que tomó esta clasificación: Carlos Chávez era posible, Silvestre Revueltas no; Paz era posible, Rulfo no. Luis Ignacio Helguera quería pertenecer al bando de los imposibles. Prefería, discutiendo conmigo, en poesía, más a Neruda que a Borges, como si el segundo no fuera imposible. Lector de Novo, intentaba convencerme de que lo leyera; le gustaba el Novo del pequeño ensayo, un prodigio de sentido del humor, de buenas maneras literarias y de mala leche y visión resentida; a mí el personaje de Novo no me gusta. En cambio sí compartíamos a Gómez de la Serna, a Arreola, a Rulfo... A Machado y a Pla creo que los habría apreciado más con los años; el lado del Nacho joven no quería dar su brazo a torcer, sobre todo frente a mí y a mi edad, y le ganaba, a veces, al Nacho conservador y decimonónico.

Yo no soy lo suficientemente atento, previsor y memorioso para jugar ajedrez. Sin embargo, he leído innumerables veces *La defensa*. Me apasionan, noveladas, las inteligencias obsesivas, y creo que Nacho fue eso, pero juguetonamente: con corazón de ruso, sin pretensiones en demasía alemanas. En cuanto a la música, la última vez me hizo oír un clarinete en una sonata de Brahms, oímos a Satie y le di a conocer, para mi asombro de villamelón y el suyo, dos conciertos para clarinete de Spohr, músico al que soy discretamente aficionado, y que él no conocía.

Voy a lamentar para siempre su ausencia. Creo que podía, pese a todo, estar con nosotros. Pero “En rigor, sólo cuando se muere, un amigo es amigo para siempre.” Con Nacho seguiré discutiendo y conjeturando discusiones toda mi vida. —

— ANTONIO DELTORO